

## Intervención de la Presidenta Entrante, Doña María Teresa Miras Portugal

Excelentísimo Señor Presidente saliente de la Real Academia Nacional de Farmacia. Excmas. Señoras y Excmos. Señores Académicos, señoras y señores.

Por tradición e historia, la Presidencia de esta Real Academia Nacional de Farmacia lleva emparejada un gran honor y una gran responsabilidad.

Honor, por ser sucesora en el cargo de Presidentes de gran trayectoria profesional y humana que dedicaron inteligencia y voluntad para adecuar nuestra Academia en cada momento a los tiempos en que ejercieron su mandato, lo que nos ha permitido entrar sin complejos en este nuevo siglo XXI. De todos ellos es deudora esta Academia, y a ellos nuestra admiración y respeto.

Responsabilidad, pues el hecho de haber sido elegida en votación por mis propios compañeros, las Excmas. Señoras y Excmos. Señores Académicos, me hace depositaria de su afecto y de su confianza. Sé que nunca me faltará el apoyo, el consejo y el esfuerzo solidario de todos ellos; espero no defraudar sus esperanzas y realizar dignamente las tareas que esta nueva singladura me depare.

En estos tiempos movedizos, con amplios horizontes y parámetros de valores en pleno cambio, ¿cuáles son las funciones de las Reales Academias y en concreto de la Real Academia Nacional de Farmacia? y ¿qué se espera de sus miembros? Estas fueron las dos preguntas clave que me planteé como punto de partida de una profunda reflexión.

En *La Zapatera Prodigiosa*, de García Lorca, le preguntan al marido disfrazado de cómico.

—¿Y en qué consiste el trabajo de usted?

Y responde:

—¡Ah! Es un trabajo de poca apariencia y de mucha ciencia. (Yo) Enseño la vida por dentro.

Todos los miembros de esta Academia hemos estudiado y enseñado la vida por dentro, en la más plena y exacta extensión de la palabra, nos hemos visto fascinados por las diversas y sorprendentes formas de vida, la aparente fragilidad de sus moléculas, siempre en un precario equilibrio, las citoarquitecturas casi inimaginables, pero posibles, sus estrategias para seguir viviendo y multiplicándose, la sutil utilización de los procesos fisicoquímicos en la obtención de energía, los retos para comprender la complejidad de nuestras funciones cerebrales y lo que es tal vez uno de nuestros temas más queridos: el conseguir mediante la utilización de fármacos revertir los procesos patológicos. Estas moléculas con utilidad farmacológica son de muy diversa naturaleza y origen, algunas imposibles, por el momento, de ser sintetizadas químicamente. Además, tienen vida propia, si son difíciles de descubrir, en igual modo lo son de «domar», pues han de ser estables y llegar a su destino en forma y modo eficaz y seguro. Parece simple, pero para muchos de nosotros es el ligero y valioso equipaje de toda una vida.

Nuestra Academia es y ha sido lugar de saber y de reflexión, donde gente generosa que no espera ni honores ni dádivas, ajenos a apariencias vanas, hacen un esfuerzo colectivo y honesto por conocer e interpretar las claves de la situación científica y profesional en el contexto de la realidad social de nuestro país.

Desde tiempos pretéritos la idea de que el avance en el conocimiento científico nos llevaría hacia seres humanos más bondadosos ha cristalizado en la mente humana. Hace aproximadamente ocho siglos Maimónides afirmaba que la ignorancia era la fuente de los males humanos: *«Esos grandes males que recaen sobre los hombres, por obra de unos y otros, motivados por sus tendencias, pasiones, sentires y creencias, son debidos a la ignorancia, es decir, la carencia de conocimiento. Si estuvieran en posesión de la ciencia, sentiríanse refrenados de dañarse a sí mismos y a los otros, por cuanto el conocimiento de la verdad retrae de la enemistad y del odio, y evita que los humanos se hagan daño mutuamente»*.

Posiblemente, un poco más escépticos que antaño, tenemos, no obstante, al menos en ciencias de la vida y la salud, que seguir convencidos de que esa idea sigue siendo absolutamente válida y hoy más que nunca necesaria. Nuestra Academia debe de contribuir a

ese anhelo y esperanza en el valor del conocimiento y se encuentra en la obligación de saber valorar, apreciar y difundir las ciencias farmacéuticas que redundaran en una mejor salud y calidad de vida. Pero, ¿cómo diferenciar lo duradero y valioso de los cantos de sirena transitorios y sin contenido? Ciertamente en el tiempo que nos ha tocado vivir estamos sumergidos en una gran abundancia de información, somos la sociedad de la información, y no estaría por demás hacer la misma reflexión que Antonio Machado a través de Juan de Mairena: *«Aprendió tantas cosas —escribía mi maestro a la muerte de su amigo erudito—, que no tuvo tiempo para pensar en ninguna de ellas».*

Así pues, no sólo es necesario el conocimiento, la reflexión sosegada es una labor esencial, y las Academias son un buen lugar para ello. La posibilidad de análisis de problemas y realidades concretas será más fecunda al ser procesada por el pensamiento de un colectivo plural, rico en vivencias, que ha sido capaz de mantener su ilusión en el valor del estudio y de la ciencia frente a los avatares y desgastes cotidianos.

En un reciente discurso, nuestro Presidente saliente, el Excmo. Señor Don Juan Manuel Reol, precisaba lo que eran en general los objetivos actuales de las Reales Academias, que citaré con sus propias palabras:

*«He creído siempre —decía— en la unidad de objetivos y en la misión última de las Academias: debatir la ciencia o los movimientos artísticos y culturales, abrir cauces y transmitir el conocimiento, “re-pensar” teorías, emitir juicios anticipatorios, iluminar a los gobiernos y la sociedad civil, desde la independencia y el rigor. Cada uno en el ámbito de su disciplina humanística o científica, todas propiciando el diálogo entre las Ciencias y las Letras. En definitiva, buscando la verdad y construyendo la gran cultura».*

Pero un nuevo reto se presenta, estamos en la actualidad en la encrucijada de la convergencia del espacio europeo de educación superior, por analogía se está tratando de estructurar el espacio iberoamericano de educación superior y nuestra Academia no puede permanecer al margen, deberá de ser ambiciosa y prudente. Como primer paso, el próximo mes de junio se celebrará en nuestra sede el II Encuentro de la Asociación Internacional de Academias de Far-

macia, evento al que dedicó esfuerzos y anhelos nuestro Presidente saliente. La Academia tendrá que hacer un nuevo esfuerzo y necesitará conocer y saber qué está pasando en las de su entorno.

El Excmo. Señor Don Juan Manuel Reol, en su presentación, ha elogiado y resaltado mis méritos, sin duda todos ustedes se han dado cuenta de que los ha multiplicado por el factor de su afecto y de su gran amistad, que es recíproca, pero no crean va a influenciar mis palabras de gratitud a su persona, pues sólo diré la verdad contrastada por los hechos. Comenzaré diciendo que toda institución que prospera y es capaz de adaptarse con éxito a los requerimientos de la sociedad, necesita una cabeza lúcida y noblemente ambiciosa que posea al mismo tiempo la capacidad de imaginar y soñar cuáles son los nuevos retos, y con el carisma de aunar en torno a su persona gente capaz y convencida de que la empresa vale la pena. Don Juan Manuel ha tenido sin duda la personalidad y el carisma necesarios para renovar nuestra institución, lo que era casi previsible por su trayectoria profesional intachable al servicio del país, de la sanidad y del medicamento. Miembro de múltiples academias y reiteradamente condecorado, por citar algún hecho singular, permítanme referirme a su espléndida labor como Primer Director General de Farmacia en el Ministerio de Sanidad, promoviendo la Legislación que significó la Reforma Farmacéutica del año 1978, y como Primer Presidente del Consejo General de Castilla y León; Diputado en las Cortes Constituyentes y Primera Legislatura, y en la actualidad Vocal del Consejo Asesor de la Agencia Española del Medicamento. Pero sobre todo hombre de bien, culto y refinado, que no desdeñó la acción, pues como decía Baltasar Gracián: *«El saber y el valor contribuyen conjuntamente a la grandeza»*.

Tenga por seguro, Don Juan Manuel, que como castellano recio, noble y de Burgos, todos los académicos echaremos de menos su presidencia y por su buen hacer como luchador infatigable por esta su Academia, será nuestra Institución quien atesore su memoria y sea su deudora.

Permítanme, para finalizar, recordar las palabras de Su Majestad el Rey Don Juan Carlos en la Sesión Solemne de Apertura del curso 2002-2003 de las Reales Academias del Instituto de España, celebrado en esta sede: *«El Instituto de España y las Reales Academias son*

*huellas luminosas de un pasado ilustrado, pero están cada día más presentes en la vida cultural y científica española (...). Este es el secreto de su vigencia y la clave de su importancia: el de proclamar, mediante un trabajo riguroso y exigente, la realidad de una cultura global, y difundir su mensaje a todos los ámbitos de la sociedad».*

Ese ha sido su mensaje y su encomienda, y el cumplirlo es nuestra misión.

A todos muchas gracias.

M.<sup>a</sup> TERESA MIRAS PORTUGAL  
Madrid, 18 de enero de 2007